buri abud

tengo algo que contarte



Planeta

buri abud

tengo algo que contarte

Planeta

Todavía

Crecí en una época en la que las relaciones sexuales fuera de las autorizadas por el matrimonio —nada importaba la edad, nada importaba la clase social, nada importaba la ideología— estaban mal vistas, casi prohibidas, fuera de todo tipo de discusión. No había, y punto. Una época en la que había censura en las películas y para ver una escena algo subida de tono había que ir a Uruguay.

Una era en la que todavía se decía que las mujeres debían llegar vírgenes al matrimonio, circunstancia que nunca nadie se preguntaba de los hombres. Todo lo que rodeaba el tema sexo era tabú. Vergonzante. Época en la que para tocar una teta había que conocer primero a los padres de la chica y jugarla de noviecito formal y educado durante semanas y semanas.

Me acuerdo del pobre Fito, el protagonista adolescente del cuento "Los pasos de Julia", de Jorge Asís, que debuta con la secretaria del padre en la oficina y después descubre que su progenitor había hecho el arreglo con ella para que él tuviera su primera relación sexual.

O de Edmundo Budiño, el padre del protagonista de *Gracias por el fuego*, de Benedetti. Profesor universitario, cuarentón, se encuentra en un café con una alumna, Gloria, de diecinueve, y le ofrece convertirse en su amante. Y ella, si mal no recuerdo, le dice: "Sería un honor". ¡Un honor! Claro que la novela es de 1965 —y sitúa esta escena en 1939— y las amantes —mancebas— eran, parece, socialmente aceptadas.

Betina, si bien algunos años más grande que yo, también era resultado de esa cultura.

Había conocido a Mario allá a finales de los sesenta, en uno de esos bailes de la comunidad que se hacen precisamente para que las parejas se conozcan. Baile va, monólogo viene, Betina aceptó casarse con ese joven empresario que parecía haber logrado el éxito económico.

No puedo afirmar si se casaron enamorados. Temo que ella se resignó a ese destino de maestra de hebreo durante la tarde en alguna escuela judía y ama de casa el resto de los días del año. Las compras, la comida, la limpieza eran su obligación natural, y Mario llegaba a la noche, cansado de los avatares de la compraventa, para recibir el tratamiento que le correspondía en tanto esposo y proveedor de todo. Y cuando hablo de tratamiento no solo me refiero a la comida lista y la casa en condiciones. Ella tenía que estar dispuesta. Si bien a veces podía excusarse con el viejísimo truco del dolor de cabeza y de "esos días", no se le ocurría poner el deseo en discusión. Y

el deseo, obviamente, era de él. Ella cumplía su función. ¿Orgasmos? ¿Qué era un orgasmo, para qué, por qué? Preguntas que parecían no tener importancia para el modelo de pareja que habían formado. Así fue como nacieron, con dos años de diferencia, sus dos hijos.

Cuando empezaron su noviazgo, la revolución sexual femenina era incipiente. ¿Si Betina se casó virgen? La verdad es que no lo sé, pero podría apostarlo.

La Argentina nos acostumbró a los vaivenes económicos. Esos que denominamos crisis y que representan una enorme transferencia de ingresos de unos a otros. Fue en uno de esos escenarios donde, de buenas a primeras, producto de circunstancias generales y, seguramente, males propios, Mario terminó quebrando su empresa.

Sin un peso y sin actividad económica posible, decidieron probar fortuna yéndose, con sus dos hijos menores de edad, a vivir a Israel, el único lugar del mundo donde, como judíos, los recibirían con los brazos abiertos y algunas subvenciones para comenzar a transitar el duro camino del exilio.

Vivieron, como casi todos los que llegaban en esa época, en un centro de absorción. Y recibieron toda la ayuda social que el Estado judío les daba a los inmigrantes.

Betina, conocedora del idioma, se propuso convertirse en docente de primaria, logro que alcanzó después de algunos años de estudio, lucha y tesón. Mario, después de hacer un curso intensivo de

hebreo, consiguió trabajo de encargado del depósito del centro de absorción donde vivían. Los hijos se acostumbraron a la nueva cultura y pasaron primaria y secundaria sin ningún contratiempo.

Al cabo de unos años pudieron comprarse un pequeño departamento en un barrio de clase media baja en la ciudad de Ashdod con una hipoteca a treinta años y tasa de interés subsidiada por ser inmigrantes.

Se habituaron a esa vida. Mario volvió a ser ese marido reclamante y, si bien los ingresos de ambos eran similares, siguió siendo el receptor de las atenciones —de todo tipo— de Betina, aun cuando ella llegaba mucho más cansada. Su trabajo de maestra de primaria con chicos de otra cultura era mucho más estresante y agotador que el de él, que se dedicaba a repartir —entre otras cosas— papel higiénico entre los habitantes del centro de absorción y a hacer los pedidos y las reparaciones del edificio.

Mario siempre vivió su "exilio" con la nostalgia de los imposibilitados de volver. Nunca pudo sobreponerse a su caída económica —de hecho, tenía claro que esa era la razón por la que vivían en una ciudad pequeña y alejada del ruido, tan distinta de Buenos Aires— y si bien seguía teniendo la chispa de los porteños piolas —era buen asador y mejor jugador de truco—, con los años comenzó a declinar física y mentalmente.

La tristeza del destierro, la falta de adaptación a las nuevas costumbres, comidas y un idioma que lo

convirtió, de un día para el otro, en analfabeto, lo condujeron a una depresión que, pasados los cincuenta años de edad, hizo mella en su salud física.

A fines de la década del noventa falleció de un infarto. Betina se encontró, con cincuenta y pico, viuda.

Sus hijos ya habían crecido, cumplido con el servicio militar y vivían, uno en Tel Aviv y el otro en Haifa, con sus parejas. Ella quedó sola en el departamento de Ashdod. Y en soledad lloró a Mario hasta que se quedó sin lágrimas y empezó a sentir algo similar a la libertad.

La muerte le generó varios ingresos extras: la pensión que le correspondía como viuda, el seguro de vida del trabajo de él y, como si esto fuera poco, el seguro de la hipoteca canceló la deuda contraída por el departamento.

De pronto, Betina tenía un buen pasar económico y decidió venir a Buenos Aires de visita. Se hospedó en nuestra casa donde yo vivía casado con su sobrina.

Los primeros días, semanas, fueron de visitas familiares.

Después comenzó a encontrarse con algunas amistades de juventud que hacía más de treinta años que no veía, y en una de esas reuniones alguien mencionó a Daniel.

La sola mención del nombre la perturbó. Sintió que su respiración se agitaba al recordar aquellos lejanísimos cruces de miradas y pequeñas insinuaciones

adolescentes, y para tratar de disimular ese extraño rubor que le apareció en el rostro, preguntó qué era de la vida de Daniel.

Le dijeron que se había separado de su pareja de turno y pidió su teléfono tratando de restarle importancia al asunto. Esa misma noche lo llamó. Quedaron en verse al día siguiente en el café La Paz, en la avenida Corrientes.

Al verlo, la conjunción de una idea reciente de libertad con la búsqueda de esa adolescencia perdida la introdujo en algo que ella sintió como enamoramiento.

Después de dos horas largas de charla fueron al departamento de él, un monoambiente de algunas décadas de antigüedad en la calle Las Heras, decorado con una mezcla de artesanías hindúes y un hippismo sobreactuado.

Ella no se amilanó cuando Daniel le dijo que el colchón era suficientemente duro para dos y sintió que sus entrañas comenzaban a vivir mientras las profesionales caricias de Daniel la hacían volar hasta Marte.

No se cuidó ni le interesó hacerlo. En una especie de renacer —o de vivir por primera vez en serio— comenzó a tener sexo todos los días. Él no tenía un mango. A ella poco le importó y pagaba todos los gastos de la pareja: comidas en restaurantes, cine, teatro. Él proponía salidas y ella aceptaba gustosa. Hasta un viaje a Colonia para pasar el fin de semana. Ella sacaba la tarjeta de su banco israelí y pagaba sin hacer mueca alguna.

Presa del vértigo, vivía acelerada, como él. Cuando ella trataba de saber algo de él, reaccionaba como una anguila que no se deja agarrar y se resbala dentro del agua: contestaba con oraciones que nada decían. Cualquier pregunta que ella hiciera sobre su vida o su cotidianeidad, aunque se pudiera contestar con un sí o un no, generaba en él una sarta de frases rimbombantes pero huecas, llenas de palabras difíciles, extraídas de un diccionario demodé. Si ella le preguntaba "¿cómo estás?", él podía responder algo así como "tengo el alma quieta, y estoy esperando respuestas". Si Betina quería saber cómo era su mujer anterior, la respuesta podía ser "prefiero no hablar de eso, son cicatrices del corazón y me han hecho fuerte".

Daniel era cocainómano. Él le hablaba de recuperar el tiempo perdido. Que ellos habían estado unidos por el famoso hilo rojo de la cultura oriental y que todo el tiempo que él había estado con otras mujeres y ella con Mario eran etapas que tenían que superar para estar juntos, ahora, para siempre.

Ella escuchaba embelesada, sin poner en duda ninguna de sus palabras. Llegó a soñar con vender el departamento de Ashdod y volver a vivir en Buenos Aires con su amor "de toda la vida", como había empezado a llamar a su relación.

Todos trataron de advertirle de la "anormal" situación que estaba viviendo. En varias oportunidades, mi mujer y yo nos sentamos con ella en la cocina del departamento para que comprendiera que Daniel era un enfermo. "Solo te traerá dolor", le dijimos.

Los hijos, desde los doce mil kilómetros de distancia, también estaban horrorizados. Ninguno hizo un planteo económico, pero ambos, quizá por respeto a la memoria de su padre, le pedían que dejara de jugar a ser una jovencita de secundaria y volviera a Israel donde ellos y sus amigos la estaban esperando.

Betina no escuchaba. Con la certeza ciega de quien está viviendo una adolescencia tardía, repetía a quien quisiera escucharla: "¿No tengo derecho a este espacio de felicidad que la vida me puso adelante? ¿Quién me puede juzgar? Pasé casi treinta años de mi vida cumpliendo con el mandato: fui la esposa fiel que acompañó a su marido en las buenas y en las malas, me fui del país siguiéndolo a él, crie a mis hijos en una cultura distinta y en un idioma distinto. No tuve descanso. ¿Y ahora que quiero pasarlo bien todos se horrorizan? ¿Con qué derecho reprochan mi conducta?".

Nuestro planteo era sobrio, sesudo, frío, no tenía en cuenta los sentimientos. Ella podía hacer lo que quisiera, pero las consecuencias, si no las medía, iban a ser dolorosas: "No tenés edad para jugar estos juegos. Vas a salir herida, enfrentada con tus hijos. Por nosotros, acostate con quien quieras; pero decir que estás de novia con ese tipejo, que pensás la vida con él, solo te va a causar problemas en el futuro".

Ella insistía con que estaba enamorada; que lo suyo no era una revancha; que con Daniel había recuperado el latido cardíaco. Que él la hacía feliz.

—¿Y el dinero? Porque no se le conoce actividad económica; es un parásito. ¿Vas a dejar que te viva el resto de tus días?

—Él busca todo el tiempo un trabajo digno —mentía, se mentía.

Su primera nube de tormenta fue cuando él le pidió dinero para pagar el alquiler del departamento. Ella no puso reparos, pero en algún rincón de su mente pensó, por primera vez, si él no estaría allí por interés. Pero siguió adelante.

A veces él desaparecía sin rastro. Su búsqueda se hacía imposible: Daniel no daba señales de vida, hasta que se presentaba, sin aclaración alguna.

La primera vez que se hizo humo, Betina quiso saber qué le había pasado. Pero Daniel era un experto en salir del paso con esas expresiones vacías. Y contestó, entonces, cerrando los ojos, con la cabeza hacia un costado como oteando el horizonte, "cuando me quedo sin combustible, prefiero cenar en silencio".

Cuando esfumarse se empezó a hacer costumbre, Betina se enojaba desde el momento en que Daniel desaparecía y dejaba de estarlo en el momento exacto de la reaparición. Y vuelta a comenzar ese círculo de aparezco, me muestro enamorado y servicial, te pido plata, entonces desaparezco, hasta que se acaba el dinero.

Betina, aún con sus dudas —que no aceptaba como certezas—, estaba más feliz que con los años pasados con Mario. Todo se había dado vuelta. No

tenía que encargarse de nada, era la proveedora. Y Daniel, a cambio de saberse mantenido, la cuidaba, la acariciaba, la satisfacía sexualmente como nunca lo había sentido. Esa fue la rutina durante los pocos meses que vivieron lo que para ella era un intenso romance. Una noche, después de coger hasta el hartazgo, él le preguntó si no quería volver a Ashdod. Con él. Ella aceptó casi sin pensarlo. Le parecía como una conjunción ideal porque en Israel a él se le iba a ser muy difícil desaparecer como en la inmensa urbe que es Buenos Aires.

Sabía que ella iba a tener que mantener el circo en el que se estaban metiendo. Pero estaba feliz. Segura de sí, revolucionada por este amor que le hizo olvidar los años que había pasado al lado de Mario, que nunca tuvo en cuenta sus necesidades y que la trató, siempre, como su sirvienta.

En algunas madrugadas, desvelada, tenía claro quién era Daniel y qué clase de vida le estaba ofreciendo. Las palabras de alerta reverberaban en su cabeza. Aun así, prefería desecharlas. Ella "compraba" el presente, aun a sabiendas de que estaba hipotecando el futuro.

Tomaron el avión y fueron a Ashdod. A los pocos días comenzó a presentarlo a sus amigos, todos le dieron la espalda. Betina a nada hizo caso. Seguía embelesada, convencida de que lo que estaba haciendo era lo que quería. Contestaba a todo aquel que ponía reparos en la relación que por qué ella se iba a negar esos momentos de felicidad.

Dos meses después, Daniel se fue, de un día para el otro. Desapareció y no hubo forma de ubicarlo, ni en Ashdod ni en Buenos Aires ni en ninguna parte.

Betina se quebró, lloró su segundo duelo, se quedó sola —todos sus amigos se habían apartado de ella abruptamente por lo que consideraban una relación desquiciada— y, finalmente, en su departamento de Ashdod, se acomodó para pasar el resto de su vida.

Le quedó el recuerdo de esa tregua; llevó con orgullo la sensación de que había hecho lo correcto, aun a sabiendas del dolor que tenía. Daniel, se decía, no la engañó nunca. Siempre fue ese tiro al aire que no podía prometer nada porque no podía cumplir nada.

Años después, sin saber que Daniel había muerto de sobredosis en Buenos Aires, Betina murió.

Nosotros viajamos desde Buenos Aires para estar junto a sus hijos, junto a sus amigos, esos que le habían dado vuelta la cara y que, ahora, cuando no era necesario, estaban allí, en el living de la casa de Ashdod, repasando la vida de esa mujer que nos convocaba a todos.

Volvió a ser tema recurrente de esos días de duelo si Betina había hecho bien o mal en meterse en esa aventura loca. Y a las voces de crítica que sentenciaban "todos sabíamos cómo iba a terminar esa historia", varios concluyeron que esa "tregua" que ella había encontrado era lo mejor que le había pasado en la vida.

Finalmente, para quien el mandato familiar o las costumbres de época no le habían permitido ni siquiera rebelarse, había llegado el momento de la felicidad. En esos breves espacios de tiempo, Betina fue quien hubiera querido ser siempre.

Alguien preguntó, en un tono que mezclaba lo jocoso con la incertidumbre, a quién iría a buscar Betina allá en el infinito.

Todos coincidieron. Le daría vuelta la cara a Mario y se iría a retozar con Daniel, buscando esas caricias que, habiendo dormitado muchísimos años en su cuerpo, solo fueron posibles en esa relación en la que fue entera, plena y felizmente mujer.